

Capas de silencio

Nazul Aramayo

«No quiero despertar, mamá» balbuceaba Julián, mientras el olor a plomo y recuerdos fragmentados aplastaban su cabeza contra la fría banca de metal en la solitaria Plaza de Armas. Sus palabras se escurrían inútilmente: estaba solo, completamente solo, bajo decenas de palomas clavadas en un cielo que caía a pedazos, blancos pedazos líquidos que alfombraban pasillos enteros de la plaza.

Julián se levantó cuando la incomodidad era mayor que su resaca, pero aún así, ya de pie, sintió como si un terremoto sacudiera sus intestinos y memorias. Vio a su alrededor y encontró a unos viejos envueltos en periódico, acostados sobre otras bancas; a un par de boleadores, con la cabeza inclinada desesperadamente hacia el suelo, lustrando zapatos; y a un montón de ejecutivos y estudiantes caminando por la plaza. Pero en realidad era como si no hubiera nadie.

Permaneció sentado unos minutos, con la mirada fija en el reloj del kiosco. Un viejo que dormía bajo las fotos de parejas de la sección de sociales se levantó, saludó a Julián con un amargo «buenos días» y emprendió su pepena cotidiana. El joven flaco y encorvado no supo si acompañarlo, pero no importaba, lo que en el fondo quería era morirse de una vez. Quedó quieto y silencioso

hasta que una violenta cumbia lo levantó de golpe y caminó unos cuantos pasos; torpe y aturdido volvió a sentarse, como una paloma que, perseguida por un niño, vuela tan sólo unos metros, baja al suelo y el niño la persigue nuevamente. Así se encontraba este joven intento de poeta, así, perseguido por ese niño fantasmal de su pasado.

Era su primer verano de verdadero ocio. Se había graduado de la Universidad esa primavera. Había publicado en revistas de la región, en periódicos y en dos libros colectivos de ediciones miserablemente austeras. En definitiva no tenía nada que hacer. Acaso continuar su ociosa lectura, beber agua *Celis* y contemplar los seres que deambulaban por la Alameda, ver sus rostros antes y después de jornadas animales, tajados por angustiosas horas que atraviesan sus frentes y sus ojos y sus muecas que esconden laberínticas sonrisas; y que, al llegar a la cancha o al carrusel o al puesto de nachos, se transformaban en infinita devoción y esperanza, aniquiladas por el abismo nocturno de provincia.

Y eso hacía. Julián iba todos los días a la Alameda desde la mañana, desde que las colegialas salían por el horizonte con sus diminutas faldas y los empleados atravesaban las calles. Tomaba agua *Celis* y,

Nazul Aramayo

Torreón, Coah, 1985. Estudiante del sexto semestre de la licenciatura en Comunicación. Miembro del taller literario de la UIA-LAGUNA.

a veces, comía lonches de adobada. Pasaba las horas leyendo, contemplando y anotando reflexiones, pensamientos o cualquier otro detalle. A veces regresaba a su casa, saludaba a su mamá y veía una película mientras ella veía telenovelas o lavaba o planchaba. Raquel, su madre, vivía de la pensión de sus años de enfermera en el Seguro Social. Había sufrido temporadas larguísimas para mantener a su pequeño Julián y, posteriormente, educarlo en una profesión que sólo daba terribles hambrunas: Comunicación. Ella lo reprimió, pero no sirvió de nada. Fue como si su condición de mujer, como si todos los desvelos, todos los «levántate, ya es tarde», todas las sopas calientitas después de la escuela se derrumbaran en penumbras insalvables, y fue también como si el «quiero escribir» hubiera construido una infinita muralla entre Julián y su mamá.

Por eso, cuando aún iba a la Universidad, Julián agradecía sus clases en la tarde, porque de esa manera no tenía que enfrentar el silencio entre ambos. Y Raquel no podía hacer algo; no era que no quisiera, sencillamente no podía ¿cómo comunicarse con su hijo, que hablaba de Descartes, de Kierkegaard, de Goethe, si ella tan sólo entendía de dolorosas angustias encarnadas en profundas grietas de la piel, si su lenguaje era el concretísimo ser doliente y frágil que es el hombre, y no especulaciones racionales y falsas preocupaciones románticas? Era imposible. Imposible como se lo dijo una noche de otoño en el patio: «no te entiendo, Julián, ¿por qué complicas las cosas? ¿Por qué no eres sencillo?», y Julián, intentando no ahogarse en las lágrimas de su madre, respondió con violencia «¿cuál sencillez? ¿Que sea doctor, me case y juegue a la casita, que me engañe dando por hecho las cosas, que no piense por mí mismo y sea uno más del montón? ¿Esa sencillez? Pues no, mi vida no es así. Tienes que entenderla con dia-

léctica», y Raquel, con las palabras brotándole por los ojos, contestó «no, la sencillez de una madre que puede comunicarse con su hijo... y no que le hable de dialéctica». Una leve brisa cerró sus labios. Y la luna se desplomó sobre sus cabezas inclinadas.

Había sido su primera noche en la plaza. No sabía si sería la última. Lo que sabía era que le dolía la espalda y la cabeza, que tenía hambre y asco, que sentía la ropa dura, que las cumbias del vendedor de discos piratas no lo alegraban, y que estaba solo. Continuó viendo el reloj del kiosco. Pasaron las horas y deseó tener un libro a la mano. No quería regresar a casa. No quería enfrentar el silencio eterno de los cuartos y del zumbido de la tele.

Vagó por la Juárez, se metió al mercado y a la iglesia, caminó otra vez hacia la Alameda, donde estuvo sentado en un columpio viendo los pájaros y los niños con sus mamás y papás. Recordó cuando su mamá lo traía a la Alameda y lo subía al carrusel y le compraba un cuadro de nieve de nuez. Habían pasado ya muchos años. Y ahora se encontraba en ese mismo lugar en el que había hecho burbujas de jabón y montado caballitos, en el que años más tarde se la pasó leyendo durante el verano, como si a su regreso encontrara una clave o un significado perdido de su infancia, un retrato de su madre entre el polvo y el aroma de los elotes.

Evidentemente ya no era un niño. Ya no era el mismo chamaquito que Raquel podía vestir y peinar a su antojo, que lo llevaba a la escuela y lo traía de regreso a casa o con su abuela, que llevaba a la plaza y le compraba algodones de azúcar y elotes. No era el mismo, pero cuando Julián llegó corriendo a casa con una revista en la mano, mostrándosela a su mamá y diciendo con una sonrisa «mira, mamá, me publicaron», y cuando ella, buscando en el índice, leyó Julián García, fue como si todos los algodones y elotes y desvelos se conjugaran en tímidas

palabras de un niño de diez años que decía «te quiero». Se abrazaron como queriendo brincar los muros de su silencio, como ansiando tocar no sólo su piel ceniza sino las fibras más íntimas de su miseria.

Al día siguiente Julián salió a caminar desde temprano y Raquel se quedó en la casa leyendo esa revista. ¿Qué comentario podía hacer Raquel si tenía años que sus ojos sólo devoraban revistas médicas y cristianas? ¿Qué podía decir ella sobre la insolencia y el espíritu de vanguardia de su hijo? No lo entendía. No por analfabeta o inculta, sino por el enigma indescifrable que significaba ese relato: su Juliancito, ese niño que se divertía persiguiendo palomas en la plaza, y que ahora sus gustos permanecían enterrados en abismos literarios.

En varias ocasiones Julián regresó a casa con publicaciones suyas en revistas. Esas veces Raquel lo recibió con una extraña alegría que se derramaba por sus ojos y sus labios maternales, como si de verdad lo comprendiera; y sus abrazos y apapachos decían «sigue adelante, hijo, felicidades». Y Julián siguió adelante: estudió y siguió publicando, conoció a otros maestros y más contactos de la cultura lagunera y saltillense. Si hubiera tenido dinero se hubiera ido a Monterrey o Guadalajara o incluso hasta el DF, pero no podía. Gran parte de la pensión se iba en la casa, la Universidad y medicinas. Además, Julián no podía dejar sola a su mamá, no cuando recientemente su abuela había muerto, y su tía se había ido a Juárez con su esposo. Quizás un poco por eso, por las ausencias y las publicaciones, los dos se fueron juntando durante el último semestre de la carrera. Luego Julián se graduó y bailó con Marcela, una amiga íntima, y con Raquel. Aquella noche quedó tan marcada en sus recuerdos como el cálido aroma de los elotes en una noche de invierno, como el sabor imborrable de un agua

Celis y como las profundas cicatrices de la sonrisa de Raquel al llegar a casa y ver a su hijito después de una jornada de trabajo con enfermos.

Entonces llegó el verano y un ocio bochornoso. Julián pasaba la mayor parte del día fuera de la casa. Raquel quedó sola, tosiendo algunas oraciones, como si la soledad le oprimiera los pulmones; y el silencio le reventara los labios.

Julián no supo a donde caminar. Sabía que no quería regresar, pero que inevitablemente tendría que hacerlo. Se cubrió con unos periódicos y durmió sobre una banca de concreto en la Alameda.

Antes de dormir o entre sueños balbuceó algunas palabras diluidas en su saliva que caía al suelo, como queriendo rescatar desesperadamente a su madre de pesadas capas de silencio y de tierra. 🕒